

ALEJANDRO CASONA

ARENALES 843

Buenos Aires 15 agosto 1954 (ahora me doy cuenta de que es la fiesta de cohetes y rosquillas en mi aldea: la Vigén de las Veigas)

(5)

Querido Almendros: Recibí a su tiempo tu carta y libro, que leí con el amor que todo lo tuyo me merece. Mi opinión va en esas páginas destinadas a prologarlo según tus deseos; creo que cualquier pluma pedagógica lo habría hecho mejor pero dices que lo sientes como una hermandad y no puedo hurtar el bulto a ese requerimiento que yo siento también fraternalmente. Guardaré los originales por si en la imprenta hay algún extravío. Darte un título posible ya es más difícil; esos bautizos son de una gran responsabilidad, y es terreno que no tengo costumbre de pisar.- Respecto a la inclusión de Sancho Panza no tienes nada que pedir a nadie: yo te autorizo aquí para incluir la farsa con las variantes y cortes que estimes necesarios dado el tipo lector a que se destina. De Poemas, nada; es cosa que abandoné hace mucho en la que no cuento seriamente. Lo que me quede de poesía andará por mi prosa.

Parece -nada me habías dicho- que María Rosa ha hecho un matrimonio feliz y dentro de la profesión puesto que me hablas de unos próximos cursos en Venezuela adonde irá la flamante pareja. Sinceramente les acompañan mis votos de éxito y felicidad.

De mí no sé qué decirte. No sé realmente lo que me está pasando. Estoy at-
vesando desde hace un largo mes una crisis de abatimiento total: falta de fé en mí, miedo al mañana, pesimismo estúpido pero al que no logro evadirme. Coincide, claro, con una mala racha de salud (asma, fatiga, insomnios) y con el proceso de desnicotinización -dejé en seco el cigarrillo.- Había comenzado a trabajar en una versión dramática moderna de Inés de Castro, y he tenido que suspenderla por temor a que este estado se trasluzca en la obra. Quiero creer que será cosa pasajera y que me volverán juntos las fuerzas, el ánimo y la fé. Espero. No hay razón ninguna para que no sea así.

Rosalía y Marta, siempre fuertes, mandan sus cariños para María y tus chicos. Ahí van con el fraternal abrazo de siempre,

Alejandro

Dos chilenos se pierden en los Alpes arrastrados por una avalancha. Ya agotados y resueltos a morir, aparece un magnífico perro San Bernardo con